

talos á un áspero contacto. El rastreador examinaba aqñella muda escena, sin parecer observarla; pero aun cuando no hubiese sorprendido los sentimientos secretos de la madre y la hija, las disposiciones de Luz no se habrian escapado á la penetracion de sus miradas.

De los cuatro caballos disponibles, se eligieron dos para que sirviesen cuando se causaran los primeros. durante el camino, y las mugeres montaron en ellos con auxilio de los galanes. Dirijiéndose en seguida la vieja á los dos, les dijo:

—Caballeros, vdes. son responsables ahora de la vida y del honor de dos mugeres.

—Ojalá y el primer precipicio te trague, condenada bruja; dijo Berrendo en voz baja, retorciéndose los bigotes.

Y la comitiva se puso en marcha para Tehuacan.

III.

EL SEGADOR NOCTÚRNO.

Tehuacan está situado en el Estado de Oaxaca, Púcuaro en el de Valladolid, y no era entonces la empresa fácil, atravesar acompañado de mugeres ó con un cargamento de mercancías, la distancia de mas de doscientas leguas, que separa ambas poblaciones. Era un viaje largo y peligroso. Además del riesgo que corría todo ginete armado, de que tratasen los españoles como insurgente, es decir, que lo ahorcasen, sin mas forma de proceso del primer árbol que se encontrase en el camino, los viajeros pacíficos, los arrieros y los comerciantes, se hallaban sometidos á mil tribulaciones. La provincia de Oaxaca, sobre todo, á causa de su comercio con Puebla y con otras poblaciones, sufría mas en aquella época que cualquiera otra provincia. La conduccion de los convoyes, servía de pretexto á los comandantes españoles para cometer toda clase de abusos, odiosísimos. Cada pueblo, cada

fuerte se hallaba sometido al pago de piajes. No solo se satisfacian, segun el capricho de los jefes, enormes cantidades, sino parecia que habian resucitado los antiguos derechos feudales: los comandantes exigen en su provecho y en el de sus soldados un odioso tributo sobre las desgraciadas mugeres que se aproximaban á sus residencias.

Los viajeros debieron resignarse muchas veces á rodear camino, para evitar el paso por los puntos ocupados por los españoles, y sin la sagacidad de Andrés, es probable que no hubieran podido llegar á los confines del Estado de Oaxaca. Allí era donde debian presentarse las jornadas mas peligrosas; felizmente, el rastreador, nativo de aquel Estado, conocia todas las veredas de los bosques y de las montañas, y aquel conocimiento práctico era de tal naturaleza, que evitó los nuevos peligros que amenazaban á la comitiva. Durante el camino, la vieja maniobró muy hábilmente con los galanes; alentaba sucesivamente sus esperanzas. Incapaz de poner en práctica las lecciones de su madre, Luz habia recobrado el porte modesto y reservado que era natural, y si Andrés no hubiese conocido el fondo de su corazón, nada en sus maneras para

con él habria descubierto la pasion de que era objeto. La timidez de la jóven produjo mejores resultados, que la mas refinada coquetería; el entusiasmo de los dos amantes habia aumentado, y nada podia quitar á Berrendo la esperanza de triunfar de su rival. No habia cesado de reinar la mas completa armonía entre los viajeros, cuando dos circunstancias extraordinarias decidieron de la suerte de Andrés y prepararon el terrible desenlace de la tierna novela, cuyo prólogo habia comenzado en Púcuaro.

Para mayor seguridad, la comitiva solo caminaba de noche. Ordinariamente las jornadas comenzaban al anoecer y terminaban al alba, y el sol al salir, encontraba á los viajeros ocultos en alguna cabaña aislada, en el centro de un bosquecillo, ó en alguna soledad, lejos de todo tránsito. Una tarde, que debia ser la última, antes de llegar á Tehuacan, los sorprendió la noche en la habitacion de un indio zapoteco, dieron á los caballos su racion de maíz, y no esperaban mas que la cena para ponerse en camino, Andrés y Berrendo hacian fuera los últimos preparativos de marcha, cuando llegó la madre de Luz muy espantada, á suplicarles, que á pesar de hallarse tan cerca de

Tehuacan, retardasen la marcha hasta el día siguiente por la mañana.

—¿Por qué? preguntó el rastreador sorprendido.

—¿Por qué? dijo la vieja persignándose. El indio, dueño de esta casa, vió anoche al *segador nocturno*, y dice que lo encontraremos sin duda segando los campos de alfalfa, á la luz de la luna, con sus enormes tijeras. ¡Dios mío! solo su vista me mataria de espanto, dijo la vieja azorada.

—Pues bien, aun cuando lo véamos, dijo Andrés, el segador nocturno no hace mal á nadie. Al contrario, el viajero cuyo caballo llega cansado, encuentra cortada la alfalfa. Así es, que no hay el menor peligro, y los encuentros á la luz del día, pueden ser mas terribles que los nocturnos; de día no respondo de vdes.

Esta consideracion decidió á los viajeros que emprendieran el camino de la última jornada. La creencia del *segador nocturno*, es una de las viejas supersticiones acreditadas en el Estado de Oaxaca. Se refiere que al principio de la conquista, que fué deshonrada con tantas crueldades, un caballero español, que se habia hecho célebre por su ferocidad con los indios, encontró á uno segando la alfalfa. El caballero montaba un caballo fogoso,

al que llevaba al galope, y pasando al lado del segador, exclamó:

—Amigo, ¡á qué hora llegaré á este paso á Oaxaca!

—A ninguna, contestó el indio.

En efecto, á corta distancia el caballo espiró de cansancio y de fatiga. El español que no habia comprendido que el indio queria decir, que no llegaria nunca en aquel caballo, forzándolo de aquella manera, creyó que habia echizado al caballo, y volvió atravesando al indio con su espada. Este último asesinato, colmó las iniquidades del español, que desapareció en aquella misma noche, condenado, dicen los indios, á fin de espantar á los que los maltratasen, á segar eternamente la alfalfa de los campos.

Por espacio de una hora de una marcha silenciosa, los dos galanes saborearon con delicias, ademas de la embriaguez que producen las noches serenas de los hermosos climas, el inefable placer de velar sobre la persona amada. Ligeramente inclinada sobre el pescuezo del caballo, pálida con las fatigas del viaje, y cuidadosamente envuelta en su rebozo, como la flor del cytramonio, que cierra su cáliz durante la noche, Luz parecia mas melancólica que de costumbre. Semejan-

te á ciertas flores, cuyo talle hace indicar la tempestad, parecía tener cierto presentimiento de que su suerte iba á decidirse aquella noche. En fin, al cabo de dos horas, la comitiva dejó los senderos ocultos que los viajeros habían seguido para evitar la oficina del peaje, y tomaron el camino real que conduce á Tehuacan. Algunas hogueras diseminadas en un inmenso valle, brillaban á lo lejos, y los viajeros pudieron distinguir á pocos momentos, muchos hombres que iban y venían afanosamente; varias mulas, atadas de las manos, saltaban á la luz de las hogueras, que iluminaban un campo en que había esparcidos por todas partes innumerables tercios de mercancías. Reconociendo en aquellos indicios que los que acampaban en aquel punto eran arrieros, los viajeros se aproximaron á ellos con precaucion, para preguntarles sobre el estado del camino hasta Tehuacan, en el caso de que hubiesen salido de allí en la misma mañana. Una parte de aquellos hombres se hallaban ocupados en remendar los tercios, cuya mayor parte habían sido destripados á cuchilladas, y cubrían el llano, dejando ver su contenido. Había entre aquellos hombres uno, sobre todo, que dirigia á los tercios destrozados unas

miradas desesperadas; debía ser el dueño de la *régua*.

—¿Viene vd. de Tehuacan, patron? preguntó el rastreador.

—¡Demonio! exclamó, ¡ojalá y viniese de allí! el valiente general Terán no me hubiera robado como....

—Hable vd. sin temor; como esos realistas, nuestros enemigos.

—Como esos bandidos de Samaniego y de La Madrid, concluyó el arriero, que no contentos con haberme hecho pagar cinco pesos por cada mula, lo que me va á decir doscientos pesos de pérdida, creyeron conveniente tomar de estos tercios una muestra de los géneros que encierran. Estoy arruinado, y todo por la avaricia de esos dos ladrones españoles, que el infierno confunda.

Y el pobre hombre comenzó á suspirar y gemir, interrumpiéndose de cuando en cuando para exclamar con los puños cerrados: ¡Ojalá y el cielo me enviase dos ó tres ladrones de camino real, ó algunos oficiales ó soldados que me vengasen de esos bribones.

Apenas acababa de formular aquel deseo de venganza, cuando se oyó un tiro, y en seguida otro, cuya breve explosion anunciaba un pistoletazo.

—¿Qué es eso? dijo el arriero.

—Pistoletazos, contestó Berrendo, y mire vd., precisamente el cielo le envía á vd. un dragon español para que cumpla la venganza.

El arriero no pareció quedar muy satisfecho al ver realizados sus deseos. Caballeros, dijo, ¿dejarán vdes. degollar á un hombre arruinado?

Los dos amigos desenvainaron sus espadas al acercarse el soldado; pero en el acto las envainaron. El ginete vacilaba en la silla, con la cabeza hecha pedazos, y solo el caballo lo conducía. Al pasar junto á nuestros viajeros, cayó el dragon como una masa inerte, y no volvió á moverse. Berrendo se apoderó del caballo.

—Tómelo vd., dijo al arriero; será una pequeña indemnizacion.

—¡Dios me libre! respondió el arriero.

El rastreador, con la mano sobre su ojo único, como para concentrar el rayo visual, miraba á lo lejos. La oscuridad le impedía ver; pero las tinieblas no obstruían en manera alguna su inteligencia.

—Esos dos pistoletazos, dijo, tuvieron el mismo sonido: las pistolas con que se ha dado fuego, han sido cargadas por la misma mano y con igual medida de pólvora; y la misma persona ha disparado

los dos tiros. Esos ginetes, porque veo muchos, tienen armas de fuego; el desgraciado que acaba de caer ahí, tiene dos pistolas en las pistoleras. No oigo mas que el ruido de las espadas; es que evidentemente quieren coger vivo á algun hombre, y tratan de desarmarlo sin herirlo. Oigo que pide auxilio; es un extranjero....

El oído de Berrendo no era tan fino como el de Andrés. No oía ni el ruido de las espadas, ni los gritos del hombre á quien atacaban, y vacilaba sobre lo que debia hacer, cuando Andrés se lanzó al galope en direccion al lugar en que se escuchaba el ruido mientras que Luz permanecía inmóvil y pálida como una estatua de mármol. Berrendo, deseoso de distinguirse á su turno á los ojos de su querida, iba á seguir á Andrés, cuando los gritos de la vieja lo hicieron detenerse:

—¡Virgen Santísima! exclamó, ¿va vd. á dejarnos solas?

Quedóse, pues, Berrendo, mientras el extranjero continuaba pidiendo auxilio, con una voz que sus agresores se esforzaban en sofocar. Andrés azusó su caballo, cuya rápida marcha, felizmente no podia escucharse en aquel terreno arenoso. Sin que lo sintiesen, pudo distinguir á tres

dragones inclinados sobre un hombre tirado en el suelo, al que habian amarrado y querian ponerle una mordaza. Repentinamente cayó sobre ellos; era ya demasiado tarde cuando trataron de ponerse á la defensiva. Eran tres dragones españoles, y esta razon bastó á Andrés para no indagar si tenian razon ó nó; solo vió á unos enemigos, y á un pobre diablo que sucumbia bajo el número; con dos pistoletazos echó abajo á dos agresores, disponiéndose á luchar con el otro; pero sea que el español conociese que sostenia una mala causa, sea que fuese naturalmente enemigo de toda explicacion, se lanzó á toda prisa á su caballo, y maniobró con tal prontitud, que en un momento se perdió de vista.

Habiendo quedado dueño del campo, se apresuró á librar al extranjero de los lazos que lo sujetaban; su caballo yacía en el suelo, atravesado de una cuchillada, como un toro en la plaza, después del golpe del matador. Apoderándose del caballo de uno de los dragones, Andrés lo entregó al extranjero, que montó en él al instante. Cuando ambos volvieron, Luz murmuraba una ferviente oracion de accion de gracias. A pesar de sus deseos de venganza, el arriero temblaba por ha-

berlos visto realizados, y era tal aún en aquella época el terror que el nombre español infundia á la mayor parte de los criollos, que los arrieros no concebían cómo era posible que se hubiese tenido el atrevimiento de atacar á los soldados del virey. El dueño del atajo, suplicó, pues, á los viajeros, que se alejasen lo mas pronto posible por temor de que lo acusasen de complicidad con ellos, y supuesto que no podía darles ninguno de los informes que deseaban, y Andrés no tuvo inconveniente en acceder á los ruegos de aquel cobarde, dispuesto á deponer contra él, mas bien que á darle gracias por haberlo vengado. Lanzó, pues, su caballo, y al instante lo siguieron sus compañeros, á los que se había unido el extranjero. Este era inglés, y se llamaba Robinson. — Gracias, le dijo á Andrés; ha hecho vd. á la causa de la independencia de su país y al general Terán, un servicio mas importante de lo que vd. puede imaginarse.

Después de estos agradecimientos, formulados en términos misteriosos, el extranjero guardó un imperturbable silencio. A algunas leguas de distancia, la comitiva, á la luz de la luna, iba á distinguir, en fin, las casas de Tehuacan, cuando el rastreador mostró con el dedo

á sus compañeros, un espectáculo que los hizo estremecer de terror.

En un campo inmediato al camino, en medio de una espesa alfombra de alfalfa, sobre la que la luna proyectaba la sombra de algunos olivos y de pálido follaje, un hombre inclinado en el suelo, segaba silenciosamente, ó parecia segar la alfalfa del campo. Un fieltro gris, con la falda levantada, adornado con una larga pluma, ocultaba sus facciones; una camisa con mangas muy anchas, un pantalon corto, sujeto á la cintura, daban al segador la apariencia de los antiguos retratos del tiempo de la conquista, que nos ha dejado el pintor español Murillo. La alfalfa ocultaba sus piés, y no podia verse si como los personajes de aquellos retratos, se hallaba calzado con borceguies de cuero de Córdoba. Todos los viajeros se hallaban muy conmovidos, para observar fácilmente la singular aparicion del segador nocturno. La luna hacia relucir entre sus manos las dos hojas de las enormes tijeras, que se abrian y cerraban sin ruido; en seguida, cuando un monton de alfalfa caia á sus piés, el hombre parecia registrar en su bolsillo, y con su mano abierta describia en el aire á su derredor un medio círculo misterioso; en seguida tomaba

sus tijeras, y la alfalfa cortada de nuevo, cubria la tierra á sus piés.

A la luz de la luna pudo verse al rastreador que se ponía pálido, bajo la máscara bronceada de su rostro; pero sus narices abiertas y el fuego de su ojo indicaban, que si el temor se apoderaba de él, no era con detrimento de su infatigable sagacidad: aquel momento de aparente duda, lo empleaba en adivinar la naturaleza del segador nocturno y el motivo que lo hacia obrar de aquella manera. — ¡Jesus! ¡el segador nocturno! dijo la vieja en voz baja.

— ¡Oh! dijo el inglés que no comprendia el sentido de aquellas palabras.

El rastreador sacudió la cabeza y no contestó; á pocos momentos hizo una señal á sus compañeros para que permaneciesen inmóviles, se deslizó de la silla del caballo al suelo, sin hacer el menor ruido, y arrojó las riendas de su caballo á Berrendo.

— ¿Qué va vd. hacer? le preguntó Luz espantada.

— ¡Chit! dijo, lanzándole una mirada, que probaba que la vista de un sér sobrenatural no le causaba el menor susto, y se inclinó entre los arbustos del camino, hasta el momento en que se encontró en

línea paralela con el segador. Formaba el camino una barranca, y sus dos bordes se hallaban precisamente á la altura de la cabeza de los viajeros. De esta manera podian ver casi todo lo que pasaba en el talus, sin resortes, empleando para ello algunas precauciones.

Mientras Andrés se detenía detras de los arbustos, y lo consideraba con aquel ojo, á cuya penetracion nada se escapaba, el segador interrumpia de nuevo su obra para extender la mano sobre la yerba que habia cortado. Entonces pudo escuchar lo, que entonaba en voz baja una cancion sorda y misteriosa, cuya letra era *inteligible*; probablemente alguna cancion del otro mundo.

Repentinamente desapareció Andrés: al mismo tiempo la sombra y el tronco de un olivó ocultaban al segador. La luna no alumbraba mas que el campo de alfalfa, desierto y casi segado.

El inglés, que no estaba al corriente de la leyenda, esperaba impasible la vuelta de Andrés, cuando éste llegó con paso grave y medido, y tomó la brida de su caballo.

—He hecho mal en no llevar mi carabina; sabria en este instante á qué atenerme.

—¿De qué sirven las balas contra las fantasmas? preguntó Berrendo en voz baja. ¿No vió vd. cómo desapareció, á pesar de todas las precauciones y habilidad de vd?

—Si yo tuviera tiempo, sabria, aunque fuera un espíritu del aire, seguir su rastro; pero estarse aquí, seria exponerse á naufragar en el puerto, porque ahora mismo vamos á ver brillar la luna en los campamentos de Tehuacan.

Andrés montó su caballo, y los viajeros prosiguieron su camino á paso violento, para ganar los momentos perdidos. El rastreador guardaba silencio, y parecia profundamente absorto.

—¿Qué no cree vd. en el segador nocturno? preguntó Luz, interrumpiendo sus meditaciones.

—Es un segador de carne y hueso como nosotros; los caballos no se han espantado al verlo, como dicen que hacen los animales al aspecto de un habitante de un mundo diferente del nuestro. Pero ¿qué hacia allí?

—¡Vaya! ¿segaba! contestó Berrendo; cumplia su eterna expiacion. ¿No ha notado vd. su sombrero, con aquella pluma á la moda española de hace trescientos años?

—Es que representa un papel, le digo á vd., y cuando se desempeña un papel cualquiera, se busca siempre el traje adecuado; pero ¿por qué representa esa comedia? esa es mi pregunta. Un verdadero segador indio no se hubiera puesto ese sombrero con plumas, aun cuando hubiese escogido esta hora de la noche; éste, pues, tiene interes en engañar ó espantar á alguno, continuó Andrés: en seguida, sublevándose con el orgulloso conocimiento de su penetracion, contra un obstáculo, en apariencia invencible.—Yo sabré, exclamó, lo que hacia ese hombre ó fantasma. Dentro de una hora estarán vdes. con seguridad en Tehuacan; yo llegaré dos horas despues.

Y sordo á las observaciones de las dos mugeres y de Berrendo, que creia ver en el segador nocturno una aparicion sobrenatural, Andrés se volvió por el mismo camino al galope, y no tardó en desaparecer por segunda vez, como los caballeros errantes, que orgullosos de probar su valor indomable á los ojos de sus damas, se lanzaban sin vacilar á las más terribles aventuras.

Berrendo, el inglés Robinson y las dos mugeres, se hallaban á corta distancia de Tehuacan; iban á encontrarse en seguida,

cuando cosa de veinte hombres á caballo que salian de la poblacion, les cerró el camino. La luz del dia iba á aparecer, y la barcina que cada ginete llevaba, indicaba que iban á proveerse de forraje: tal era, en efecto, su mision. El jefe del destacamento interrogó á los viajeros. El caballo del dragon español, que montaba el inglés, confirmó á los ojos del oficial la exactitud de los informes que le dió Berrendo en respuesta á sus preguntas.

Despues de aquel encuentro, no tardó la comitiva en llegar á las primeras casas de Tehuacan, en donde la dejaré instante, para decir qué era el viajero inglés, y seguirlo á la casa del general Terrán. William Robinson era dueño de un cargamento considerable de armas que se hallaba á bordo de una goleta, anclada en la barra de Goatzacoaleos. Decidió á terminar un contrato de venta del precioso cargamento de su navío, con el primer comprador que se presentase, realista ó insurgente, el inglés habia caido entre las manos de un comandante español, que escuchó las proposiciones de un arreglo, primero al contado, despues á plazo. El comandante imaginó un medio mas ventajoso para él: habia proyectado quedarse con las armas del cargamento,

sin pagarlas. La primera cláusula del contrato hizo sonreír al inglés, la segunda le causó alguna inquietud; y en fin, protestó con todas sus fuerzas contra la tercera. Como probablemente han de trascurrir muchos siglos, antes que la razón del mas fuerte deje de ser la mejor, el español notificó perentoriamente al inglés que no recobraría su libertad, sino haciéndole una cesion en forma de su cargamento. Despues de haberle dicho que debia considerarse feliz al conservar la goleta que lo conducia, el comandante del puerto, Villegas, puso preso al malaventurado comerciante. Disgustado éste de los realistas, pensó en Terán, y corrompió á los que lo custodiaban, ó mas bien los pícaros fingieron dejarse corromper; y despues de alejarse del punto, como habian recibido adelantada la suma estipulada por la evasion del prisionero, quisieron de nuevo conducir al inglés en su prision, y lo habrian logrado sin la feliz intervencion de Andrés.

A pesar de su elevacion y de su creciente fortuna, el general Terán era accesible á todas horas, tanto del dia como de la noche. El inglés no empleó mas que el tiempo necesario para colocar á su caballo en la caballeriza, tomar un bocado, y

en el momento en que los clarines tocaban diana, se presentó en la casa del general. Inmediatamente fué introducido á su presencia, y se encontró en frente de un jóven, cuyo rostro distinguido, descubria á la luz, afabilidad y una viva inteligencia. Era el general insurgente D. Manuel de Mier y Terán; estaba sentado delante de una mesa cargada de papeles y cartas geográficas, porque el trabajo del dia ya habia comenzado. El jefe insurgente podia entonces disponer de algunos fondos, y acojió con alegría la proposicion de Robinson, que ofrecia cederle su precioso cargamento. Hallábase ocupado en discutir con el negociante las cláusulas del contrato, cuando se escuchó un ruido extraño en la plaza en donde los primeros rayos del sol alumbraban á dos regimientos acampados en ella por falta de cuartel. El general se aproximó á la ventana para ver cuál podia ser la causa de aquel rumor.

—¡Ah! dijo, son nuestros forrajeros que vuelven mas cargados que ayer; y ¿quiere ese hombre?

— Ese hombre, respondió el inglés, es Andrés Tápia, el rastreador. Fué el que me arrancó valerosamente de las manos de los españoles, y si gracias á las armas

que yo traigo concluye la independencia será á ese hombre á quien lo deba V. E.

Andrés gesticulaba y hablaba con mucha animacion; mas á sus palabras contestaban con carcajadas.

—Si se dignase V. E. en escucharlo, exclamó Robinson, estoy seguro de que seria de su opinion.

—Véamos, dijo el general, dando orden para que condujesen á Andrés á su presencia.

Este, dirijiéndose á Terán, le dijo:

Mande V. E. que se queme al instante todo el forraje que acaban de traer esos soldados.

—¿Por qué?

—Porque nuestros enemigos emplean toda clase de armas contra nosotros, y se han aprovechado de una preocupacion generalmente acreditada en nuestro país, para envenenar los forrajes, que se dicen cortados por el segador nocturno, que no se sospecha quién es. Esos forrajes nos costarán, lo afirmo, los caballos de un regimiento.

Andrés parecia muy seguro de lo que afirmaba. El general ordenó que se guardase provisionalmente el forraje, demasiado escaso para sacrificarlo ligeramente,

hasta que se le hubiera dado á cenar á un caballo inútil, lo que al momento se ejecutó.

—Así, dijo Berrendo á Andrés cuando estuvieron solos, ese segador nocturno....

—No era mas que un pícaro, que desempeñaba el papel que se le había designado, pero incapaz de luchar conmigo.

—¿Y le confesó á vd. que el forraje estaba envenenado?

—No me dijo una sola palabra; conversamos del buen tiempo y de las últimas lluvias, respondió Andrés, concluyendo de desensillar su caballo.

—¿Y eso fué bastante?

—Ya lo creo; he adivinado el pensamiento de muchas personas, con menos palabras de las que él me dijo. Pude observarlo por algún tiempo sin que me viese, y cuando me acerqué ya sabia á qué atenerme: "Amigo, le dije, me han enviado de extraordinario al comandante Villegas, para un mensaje importante; mi caballo está rendido de fatiga, y con un poco de alfalfa que me deje vd. tomar recobrará las fuerzas, porque de otro modo no será posible que llegue esta noche, y se perderá el fruto." Yo habia previsto la respuesta: el segador me dijo que mi caballo llegaria mucho mas pronto si co-

mia en otra parte . . . porque . . . la alfalfa estaba verde, y húmeda con el rocío de la noche. Está bien, le respondí; me llevo el sombrero de un nécio. Diciendo estas palabras le quité su sombrero de máscara, y aun no volvía de su asombro, cuando ya yo galopaba para alcanzar á vdes. y convencerlos de que el segador nocturno no es mas que un hombre pagado para envenenar la alfalfa de los campos inmediatos á los puntos ocupados por los insurgentes. De aquí á media hora iremos á ver en qué estado se encuentra el caballo que ha tomado su ración de alfalfa.

El resultado confirmó de todo punto el dicho del rastreador. El pobre animal no tardó en espirar en medio de las mas horribles convulsiones causadas por el veneno, y una inmensa hoguera consumió bien pronto, en la plaza, hasta la última rama de alfalfa, que sin la intervencion de Andrés, habria sido tan fatal á la caballería de Terán.

LA PLAYA-VICENTE.

Habiendo llegado á Tehuacan, despues de mil peligros, Andrés y Berrendo, se habian complacido de que continuarian en paz la lucha cortez, cuyo premio debia ser Luz. Menos de ocho dias, despues de su llegada á Tehuacan, los encontramos á los dos cavalgando á cosa de sesenta leguas de distancia, en los límites del Estado de Oaxaca y de el de Veracruz.

La estacion de aguas habia comenzado, y el país que atrevesaban ofrecia el aspecto mas triste y el mas extraño. Del cerro Rabon, uno de los puntos mas elevados de la Sierra-Madre, corren muchos riachuelos, que no tardan en reunirse en una masa que vuelve á dividirse en doce rios distintos; el rio de Playa-Vicente, ocupa uno de los primeros lugares de aquella magnífica reunion de rios. Siendo el lecho de aquellas corrientes demasiado estrecho para contenerlas, las aguas